



AMÉRICA CENTRAL

ESPIGANDO en las colecciones de poetas centro-americanos publicadas recientemente, es bien escasa la cantidad de obras que pueden escogerse como dignas de atenta lectura, sobre todo si la comparamos con la miés inútil y copiosa de imitaciones triviales que no compensan de ordinario, con otras cualidades de orden inferior, la ausencia de originalidad.

La República de Guatemala, que es la más populosa de cuantas componen la América central, excede también á las otras por su representación en la esfera del arte literario, y cuenta en el número de sus hijos al autor de la *Rusticatio mexicana*, P. Rafael Landívar, uno de los jesuitas expulsados de los dominios españoles en 1767, el cual nos dejó en el mencionado poema latino, anticipándose á Andrés Bello, un cuadro de la naturaleza, la vida rural y la industria americanas, tan prolijo como abundante en artificiosas elegancias de dicción.

Por lo que hace á los poetas del siglo actual y que han escrito en castellano, no es posible olvidar á Don José Batres y Montúfar (1809-1844), nacido también en Guatemala, hombre de erudición y gusto nada comunes, de vivo y chispeante ingenio, que malversó estas y otras relevantes prendas en adobar tres cuentos verdes (*Las falsas apariencias*, *Don Pablo*, *El Reloj*), aunque lo inhonesto y escabroso de los asuntos va templado por digresiones y circunloquios, donde campean el donaire, la fecundidad de recursos y la maestría del estilo, á vuelta de algunas salidas de tono bufas ó prosaicas. Batres sigue en esos cuentos, bautizados con el nombre de *Tradiciones de Guatemala*, las huellas del abate Casti, sin llegar á su licenciosa malignidad, é imita también, en parte, la manera de Byron en el *Don Juan*; pero ninguno de los dos modelos, ni otros que pudo tener presentes, cohíben el impulso propio y genial del poeta americano, que manifiesta una profunda intuición de lo cómico, así en las situaciones y caracteres como en la frase, y maneja el artificio del metro y de la rima con absoluto señorío, visible en las mismas negligencias en que incurre, voluntariamente á veces y por capricho. Cabe, sin embargo, absolverle de semejante defecto; no así de la inmoralidad que palpita en el fondo de sus narraciones, y que es cosa harto más grave y trascendental.

D. Antonio José de Irisarri, compatriota de Batres, se distinguió como hábil diplomático y brioso defensor de las ideas conservadoras, consagrando también su actividad al cultivo de las letras, á las cuales prestó un gran servicio con la publicación de las *Cuestiones filológicas*, que aventajan en mérito y renombre á los otros libros en prosa y á las *Poesías satíricas y burlescas* del propio autor.

Representó en Guatemala el sentimentalismo romántico, después de haber rendido culto á las tradiciones clásicas, el jurisconsulto y político liberal D. Juan

Diéguez, en cuyos versos á *La Garza*, aunque desiguales, hay cierta suavidad apacible, desvirtuada por la difusión verbosa y los descuidos prosódicos.

La novísima generación literaria de la América central, con sus tendencias cosmopolitas, procedentes del modernismo francés, tuvo por heraldo á Rubén Darío, autor de la miscelánea en prosa y verso que lleva el afectado título de *Azul*¹, y sobre la que discurrió extensamente D. Juan Valera en una de sus *Cartas americanas*. El Sr. Darío, nacido en Segovia de Nicaragua (1867), residió algunos años en Chile, donde se publicaron sus primeras obras literarias. Es un *colorista* decidido que sigue las huellas de los modelos parisienses; un sibarita del estilo, enamorado de las palabras vibrantes y sugestivas, y que, en cuanto al fondo, se hace eco del pesimismo y la voluptuosidad más disolventes, á los cuales aludió Valera al censurar la abundancia de lo *negro* y lo *verde* en los cuentos y las poesías de la colección mencionada.

La escuela en que figura Rubén Darío, y á la que también se han afiliado, con más ó menos restricciones, Máximo Soto Hall y otros jóvenes centro-americanos, es la misma que hemos visto imperando en Cuba y México, y con que después nos encontraremos en otras Repúblicas del Nuevo Mundo; la escuela del ritmo exquisito, del detalle rebuscado, de la habilidad técnica, á la que no se vacila en sacrificar el pensamiento y la emoción, sin perjuicio de que ese empeño de acicalar la forma traiga de la mano las redundancias tautológicas y parasitarias, mal encubiertas por el halago sensual de colores y sonidos.

¹ Valparaíso, 1888. En el mismo año publicó Darío la novela *Emelina*, en colaboración con Eduardo Poirier, y posteriormente ha insertado nuevos artículos y poesías en la *Revista Ilustrada* de Nueva York y en varios periódicos de la América española.



VENEZUELA

A pesar de los múltiples elementos de progreso reunidos en la antigua Capitanía General de Caracas durante los últimos años de la dominación española, no fué allí por entonces la producción literaria ni muy abundante ni muy selecta, y el único que entre los ingenios venelozanos de aquel período estaba predestinado á conquistar las palmas de una gloria indiscutible, es el poeta de la *Silva á la Agricultura de la Zona Tórrida*; el creador de los estudios filológicos en las Repúblicas hispano-americanas, que salvó así de inminente naufragio el idioma que hablan hoy sus hijos; el educador de un pueblo como el de Chile, que tanto se ha señalado por su prosperidad, recientemente amenazada; el maestro de una generación formada en el estudio de sus obras, y que aun no se ha extinguido, por fortuna; el polígrafo insigne que promovió la cultura de su gente en todos los órdenes de la actividad intelectual.

La figura de Andrés Bello no cabe en el reducido marco de una apreciación tan rápida y superficial como la que aquí puedo consagrarle; pero existen ya libros donde se amplía lo que voy á apuntar en pocas páginas (1) sobre las múltiples aptitudes del egregio autor

(1) Véanse, como complemento, la *Vida de D. Andrés Bello*, por D. Miguel Luis de Amunátegui (Santiago de Chile, 1882); el *Elogio* del gran escritor leído por D. Manuel Cañete ante la Academia Española; el *Estudio biográfico y crítico*, original de Don Miguel A. Caro, que precede á las *Poesías de Andrés Bello* (Ma-